

Cultura a la contra

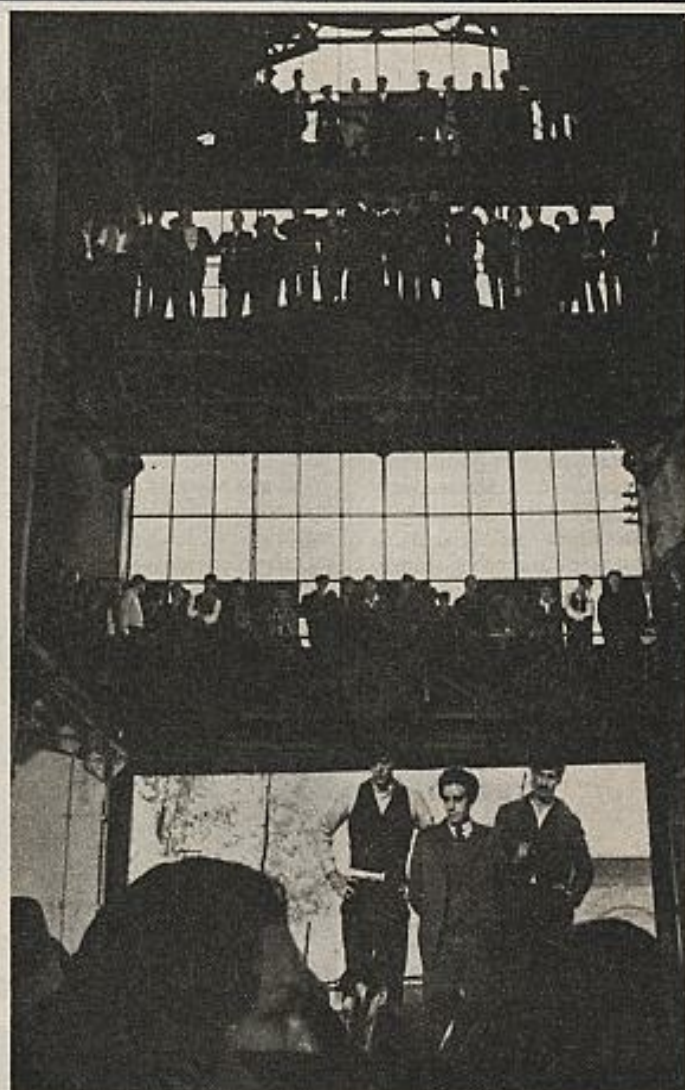
Los nuevos "hippies"

No se han muerto, no han desaparecido, no han emigrado todos en masa a los San Franciscos o Katmandúes de su mente. Pesean todavía, aunque ya sin flores en el pelo ni rosas en el cara, como viejos coches de un modelo muy antiguo, sus cuerpos cansados. Y toman ácido en las playas, y escuchan amaneceres puntuados por gaviotas, y se quedan colgados en la macrobiótica —régimen de comidas inventado por tontos, y que suele volver tonto a quien lo sigue— o en sueños de mermelada de naranja y caramelos de plástico a buen precio. Creo que ya no dicen "Paz y amor", y no se adornan con terciopelos morados y túnicas hindúes semitransparente, pero son fundamentalmente los mismos; más cascados, aunque sean más jóvenes, o hayan descubierto el rollo este ahora, que sus antecesores de los sesenta; más cansados, también, y creo que convencidos de que el mundo no se arregla precisamente con Amor Cósmico (marca registrada) ni con varillas de incienso. Pero siguen hablando del Karma, del Dharma y de la Era de Acuario, pintando mandalas falsísimos —los auténticos están a unas quince mil "pelas", demasiado para cualquier "hippy" y escuchando al Dylan, hoy católico, y a grupos supervivientes de la vieja California.

Son enternecedores; algunos han descubierto el ácido ayer por la tarde y —como nos pasó a todos algún día— se sienten deslumbrados por la experiencia, y tienden a confundir la extravagancia con la "expansión de la mente". Y ahora son ecologistas, ácratas, dibujantes o músicos... como siempre. Son enternecedores, precisamente por lo antiguos que se han quedado, porque no se dan cuenta de que ya la historia —mayúscula optativa para esta palabra— no va por ahí, de que estamos en otro momento. Y no es que los atardeceres que contemplan sean ahora distintos de los de antes, ni que el incienso haya dejado de oler bien. Pero la cultura ha cambiado, y la contracultura fue invento de comerciantes y especuladores, que duró un corto verano y se agostó luego, sin dar frutos interesantes; murió, al nacer, de desnutrición y senilidad prematura. Y su cadáver fue rápidamente tragado por los grandes almacenes; hoy se pueden ver los restos pasándose por el Unicentro de Princesa, con sus tiendas abigarradas y sus anuncios luminosos, casualmente —creo— de color verde y naranja.

Al mismo tiempo, se puede observar, como dice muy bien Mariano Antón Rato, una especie de "renacimiento neoexistencialista", que acompaña a la música de la "new wave" y a la vestimenta postpunk. Neoexistencialismo que, desde luego, nada tiene que ver con Heidegger ni con Jean-Paul Sartre; pero tampoco tenían nada que ver estos señores con los "existencialistas" de los cincuenta, que escuchaban be-bop y cool jazz en las cuevas del brumoso París, de Barcelona o de Sésamo. Juliette Greco ha sido sustituida por Patti Smith, Lou Reed, o —por ejemplo— Siouxi, las Tres Gracias de la canción popular moderna, y el jazz ha quedado arrumbado en el rincón de los trastos viejos, dando paso a un rock agresivo y duro, más inclinado a una violencia que suele ser casi siempre sólo gestual o vestimentaria.

Los neoexistencialistas son parcos en el vestir, como hijos de la crisis energética; beben cerveza en cantidades, y —los que pueden— manifiestan cierta preferencia por las drogas llamadas duras. No han llegado todavía a la elegante economía de gestos del hipster de los cuarenta-cincuenta, pero lo conseguirán pronto, a base de catatonía provocada. Vomitan mucho y pasean por su alrededor la mirada de pez frío que caracteriza a quienes ven el mundo como un disparate desprovisto de sentido, lugar de paso entre dos eternidades de Nada, del no ser a la muerte. Muestran una desesperanza moderada, un discreto y elegante aburrimiento. Mientras, los hippies continúan sentados en la playa de un Mediterráneo que acaban de descubrir, ya polucionado. Y contemplan el sol poniente, sentados en tachos de basura y aspirando humo de grifa y monóxido de carbono. ■ EDUARDO HARO IBARS.



"Antonio Gramsci: los días de cárcel", de Lino del Fra.

paña, es una espléndida película que Marco Leto dirigió con sensibilidad y talento. Lino del Fra es un hombre meticuloso y honesto que se acerca al cine desde su visión de catedrático de Filosofía y Letras y que entiende que hay muchas zonas de la reciente historia europea que el cine no ha tocado con rigor y que el público necesita conocer.

Uno de esos trabajos es el afrontado en "Antonio Gramsci: los días de cárcel", segunda de las películas que dirige. (La primera, "La torta in cielo" no ha sido estrenada entre nosotros.) Al margen de plantear una reivindicación teórica del pensamiento gramsciano, lo que a Del Fra le interesa es divulgar la personalidad de su protagonista entre un público probablemente desconocedor de la riqueza, las dificultades y el valor de un hombre como Gramsci. De ahí que en lugar de situarlo en un decorado que facilite la divulgación

de sus ideas, Del Fra haya elegido "los días de cárcel" como una forma de alternar el enunciado teórico con la descripción humana de un revolucionario rodeado de otros hombres que no siempre le apoyan. Esta situación obliga a una descripción más compleja del héroe.

Al utilizar el término "héroe" nos acercamos a lo que quizá Del Fra ha solucionado peor en su trabajo: el carácter hagiográfico de su mini-biografía que si bien responde a unos deseos de divulgación, impide parte de su objetivo, es decir, fortalece las defensas de un público no apasionado apriorísticamente por el tema. Salvando las distancias, algo de lo que le ocurre también a "Company, procés a Catalunya", de José María Forn, que se exhibe ahora en las pantallas españolas. Quizá la precaución al tratar un tema tan complejo, quizá la urgencia por querer borrar de un plumazo la literatura reacciona-